

tores, quienes refrenden a cabalidad lo más granado de la tradición ensayística mexicana.

JESÚS GÓMEZ MORÁN

Carlos Montemayor. *Guerra en el paraíso*. México: Seix Barral, 1997, 378 pp. (Biblioteca Breve).

La historia actual la escriben los periodistas, es recopilada por los historiógrafos y analizada por los historiadores; y cuando por fin llega a nuestras manos, ha perdido una gran parte de sus detalles y matices a favor de una pretendida objetividad. Una de las ventajas de la literatura frente a la historia es su poder para, basándose en los hechos, rescatar el contenido humano de los sucesos. Y el sinsentido aparente de esta opinión carece de fundamento: no puede tacharse a la literatura de subjetiva al compararla con la historia "objetiva". Ambas son producto de un trabajo intelectual realizado por personas, y eso ya implica cierto grado de subjetividad puesto que los hechos son invariablemente manipulados para conseguir objetivos específicos o concordar con las ideologías dominantes; en otras palabras, la historia la escriben los vencedores y las noticias, los medios masivos de información.

En este orden de ideas, un libro como *Guerra en el paraíso* de Carlos Montemayor funda su validez tanto como obra de ficción inserta en la realidad y como compilación histórica completada por medio de lo "que quizá sucedió". Se puede decir que es un género híbrido entre novela y reportaje de fondo, con algunos toques de artículo de opinión y crónica; ejemplos de esta tendencia en que los géneros se mezclan son *A sangre fría* de Truman Capote, *Relato de un naufrago* de García Márquez y *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, por citar algunos. No obstante, queda abierta la posibilidad de calificar a estos autores un poco despectivamente por utilizar los hechos reales donde sólo debería existir la ficción, o al contrario, alabar su capacidad de reconstruir la realidad y darle coherencia por medio de la imaginación.

Dejando a un lado tales discusiones, *Guerra en el paraíso* se distingue de las obras mencionadas por su forma. Esencialmente es un conjunto de historias paralelas que se mantienen en relación por el hilo conductor de la campaña guerrillera de Lucio Cabañas en las montañas de Guerrero entre 1971 y 1974. A grandes rasgos existen dos amplios

puntos de vista: el del pueblo y el del gobierno; dentro del primero se encuentran las historias de los campesinos, de los guerrilleros y del propio Lucio Cabañas. En el otro extremo, los militares, los policías judiciales y los políticos. Y sobre estos dos mundos antagónicos, la visión globalizadora de Montemayor que los une para enfatizar su enfrentamiento y colocarse del lado del débil; incluso, es notoria su intervención en las reflexiones interiores de Lucio Cabañas, es ahí donde se encuentra el trabajo novelístico en su manera más explícita: “El error es muerte. El error es no luchar, [Lucio Cabañas] lo sentía muy profundamente, se lo decía, se lo advertía muy profundamente” (31).

En cuanto al uso de saltos espacio-temporales, su manejo no cae en complicaciones que dificulten la lectura, es decir, permiten que el lector mantenga una visión de conjunto sobre las diversas historias que se entretajan en el texto; cada sección está bien definida y es sencillo reconocer a qué parte pertenece. En cierto modo serían equivalentes al corte directo del lenguaje cinematográfico, que se usa tanto para evitar secuencias intrascendentes como para cambiar de tiempo, de lugar o de personajes.

En el primer capítulo de la obra es donde se plantea este estilo narrativo que, para facilitarle al lector la distinción entre eventos paralelos, utiliza letras de molde y cursivas en cada uno de ellos. También en este capítulo se da la introducción del personaje principal, Lucio Cabañas, por medio de un salto espacio-temporal, un “*flashback*” de noviembre de 1971 —cuando se inicia la novela— al 13 de mayo de 1967 —cuando Lucio Cabañas huye de la policía judicial que pretendía arrestarlo. En resumen, este estilo contribuye, en gran medida, a darle fluidez a la lectura sin convertirla en un rompecabezas que exija tanta atención para armarlo que la imagen final pase desapercibida.

Evidentemente, la cohesión lograda por Montemayor es el fruto de una intensa investigación hemerográfica, patente en las transcripciones de discursos políticos, entrevistas, comunicados y boletines informativos; incluso, si se toma en cuenta el texto de la contraportada puede creerse que la descripción de lugares está basada en la observación directa.

*Guerra en el paraíso* es por momentos un texto crudo que evade los rodeos para mostrar la crueldad y la violencia; Montemayor describe muy gráficamente —y con una lentitud que se antoja sádica— los enfrentamientos, haciendo hincapié en detalles como: “...se abrió el tórax bajo la ráfaga cerrada, borboteando sangre; sobre los despojos desmenuzados siguió cayendo la descarga completa. El hombre era ya irreconocible, un montón de trapo, huesos, sangre todavía brotando, dientes des-

trozados que no perdían su blancura” (16-17). Con esto consigue impactar al lector desde el principio del texto.

El defecto de este estilo es que la repetición constante de los mismos recursos, las imágenes y las palabras, terminan por volverse obvias y pierden su fuerza emotiva: “Se oyeron las descargas cerradas [...] se sacudían los cuerpos por el impacto de los proyectiles [...] un disparo de M-1 le cercenó la garganta [...] la sangre parecía fluir con más silencio que el vacío que se produjo cuando cesaron las ráfagas” (38); “Escuchó las descargas cerradas de M-1 [...] pendían de su cuerpo unos pedazos sanguinolentos [...] unas ráfagas cerradas cubrieron después la voz...” (149). Como dato curioso, Montemayor une indisolublemente la violencia física con la mierda, algo que resulta muy eficaz para impresionar, pero tal escatología termina por cansar.

Por otro lado, los protagonistas de la novela, Cabañas, Rubén Figueroa, los generales y otros, son recreados, si bien de un modo artificial, de manera verosímil dentro de la historia. Los “malos” tienen en sí todos los defectos posibles y no dejan siquiera un pequeño resquicio para la piedad; los “buenos” llegan al grado de parecer hermanas de la caridad que sólo incidentalmente portan una ametralladora —únicamente les falta preguntar a sus víctimas “¿te dolió mucho la ráfaga?”. En lo que coinciden ambos extremos es en lo férreo de su voluntad, no titubean para cumplir, a cualquier costo, con lo que consideran su deber: los soldados matando y torturando supuestos o reales transgresores de la ley, y los guerrilleros asesinando —“ajusticiando”— a los elementos de las fuerzas armadas y la policía, pues son los representantes del aparato represor del sistema.

Finalmente, donde el contenido ideológico y las opiniones subjetivas del autor son patentes —haciendo a un lado su simpatía por el débil— es en la imagen que muestra del Ejército Mexicano. Los mandos inferiores y la tropa son unos seres brutales y cobardes que rayan en lo inhumano al cumplir con sus órdenes y que al encontrarse en desventaja frente al enemigo, caen en la más abyecta humillación, esto es, su valor radica en su número y poder, no en su capacidad como individuos: durante la primera emboscada, uno de los soldados sobrevivientes exclama con “voz espantosa, llorona”: “¡Yo también me rindo! ¡Pero no me vayan a matar, papacitos, yo también me rindo, no me maten!” (39).

El primer punto es tratado de modo magistral en la historia de Gervasio que se extiende de la página 287 a la 338: al ser capturado, lo interrogan colgándolo del cuello con una soga y dejándolo caer antes de que se asfixie; lo cuelgan de un helicóptero sobre el mar; lo atan de manos y pies a la espalda; le aplican “tehuacanazos”; lo hunden en un

tanque de agua electrizada, y lo “tablean” en el estómago para que vomite; y sigue la descripción de las torturas donde los militares aparecen como simples instrumentos. Por otro lado, el Alto Mando es un conjunto de burócratas idealistas que justifican sus medidas, sus errores y sus aciertos con su lealtad y su convencimiento de estar más allá del bien y del mal: “El militar tiene que asumir con valor, con decisión, su papel decisivo en cada momento. A veces le toca ser invasor y represor [...]. Por eso creo que el ejército es íntegro. Porque debe ser capaz de matar y vencer a héroes y a traidores. Enfrentar a Dios y al Diablo” (352).

Esta visión reduce excesivamente, esquematiza y etiqueta, lo que en realidad puede significar el ejército como institución; y por lo tanto, es la fuente más amplia para suscitar la polémica sobre el valor de esta obra dentro del campo ideológico. Sería necesario analizar la intención de Montemayor al escribirlo para llegar a una conclusión: ¿fue un intento de sacralizar a Cabañas y satanizar al ejército, con todo el maniqueísmo que esto implica? ¿O simplemente, presentar su versión de los hechos? La confusión latente desde el principio de este ensayo resurge, ¿debe tomarse la obra como ficción o realidad? O en todo caso, ¿qué es verdad y qué mentira?

Quizá lo mejor sea dejar estas preguntas sin respuesta y tomar lo que nos ofrece Montemayor, una novela interesante, cruda y violenta, de fácil lectura y que cumple con su función básica: entretener al lector.

ALDAR ADAME MARTÍNEZ

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*

Álvaro Ruiz Abreu. *Ciudad pintada en la ventana*. México: Alfabeta, 1997.

La ciudad pintada en la ventana del libro de Álvaro Ruiz Abreu no es única ni es homogénea. Está formada por distintos espacios, numerosos paisajes, diferentes contextos. El narrador sale en busca de esta ciudad, viaja, y llega a cruzar el océano rastreándola incesantemente. Al mismo tiempo la lleva consigo, materializada en recuerdos, indefectibles comparaciones y expectativas inevitables. La ventana del libro de Álvaro se abre hacia un amplio panorama que el autor registra meticulosamente con sus “ojos-cámara”, los que, según el protagonista de la novela, caracterizan el oficio de narrar.